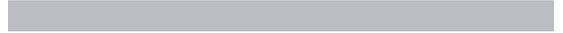


In memoriam
Francisco Murillo Ferrol



Miguel Beltrán Villalva
Universidad Autónoma de Madrid
miguel.beltran@uam.es

El pasado 4 de septiembre de 2004 fallecía en Madrid, a los ochenta y seis años de edad, D. Francisco Murillo Ferrol, Catedrático emérito de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Madrid. Nació en Granada en 1918, se licenció en Derecho por aquella Universidad, y leyó en Madrid una tesis sobre el pensamiento político de Suárez dirigida por Gómez Arboleya. En 1947 fue Profesor Adjunto en Granada, y en 1952 obtuvo la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Valencia, donde también impartió la asignatura de Sociología (durante los dos años que duró el «experimento») y dirigió el Colegio Mayor «Luis Vives», una fundación de la Universidad. En 1961 se trasladó a la misma cátedra de la Universidad de Granada, donde organizó y dotó de una vitalidad intelectual inimaginable a su famoso Seminario, en el que se desarrolló institucionalmente la formación de la mayoría de sus discípulos, entonces jóvenes licenciados, e incluso algún que otro estudiante avanzado. Por fin, en 1972 concursó a la cátedra de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Madrid, donde continuó su tarea de formar científicos sociales, acompañado por algunos de los miembros del Seminario de Granada que no quisieron separarse del maestro. Y en dicha cátedra se jubiló en 1986 y continuó en ella varios años como Profesor emérito. En resumen, casi medio siglo de profesor universitario hasta su jubilación: tras ella siguió felizmente activo, tanto intelectual como profesionalmente, aunque no lo estuviese ya desde el punto de vista burocrático.

Por anotar algo más de su biografía académica, hay que recordar entre sus estancias en centros extranjeros algunas muy destacadas: las varias de la Universidad de Colonia, donde llevó a cabo con René König investigaciones de interés compartido por ambos, y la muy importante de la Columbia University, en la que coincidió con Juan Linz antes de que éste lograra su cátedra en Yale. Mantuvo en Francia un estrecho contacto con Guy Hermet, de cuyo tribunal de *Thèse d'État* formó parte en La Sorbona, y en Italia con el recordado Alberto Spreafico, participando en el Grupo Internacional para el estudio de las clases medias en la Europa mediterránea. Murillo Ferrol fue miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Director del Instituto de la Opinión Pública y del Centro de Estudios Constitucionales, desempeños estos últimos que responden a su doble condición de reconocido sociólogo y consagrado politólogo. Fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Granada en 1984, y obtuvo el Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política en su convocatoria del año 2002.

Francisco Murillo Ferrol («Paco» para los amigos, pero «D. Francisco» para sus íntimos, como señaló una vez con gracia Amando de Miguel) es reconocido como figura clave de la llamada «escuela de Granada» de Ciencias Sociales, que arrancando de precedentes tales como Fernando de los Ríos, Francisco Ayala y Joaquín García Labella, incluye a científicos sociales de la talla de Enrique Gómez Arboleya, Nicolás Ramiro Rico, Luis Sánchez Agesta y el propio Murillo, y se prolonga en una larga serie de politólogos, constitucionalis-

tas, sociólogos y antropólogos, discípulos todos de Murillo, profesores en distintas Universidades españolas: aun a riesgo de que la memoria juegue una mala pasada, habrá que mencionar, limitándonos a los más *seniors* y próximos, a los politólogos José Cazorla, Carlos Alba, Rafael del Águila, Fernando Vallespín, José Ramón Montero, Alberto Oliet, Ramón Palmer, Fernando Casas y Jorge Riezu (así como el recientemente fallecido José Luis García de la Serrana); al antropólogo Enrique Luque; a los sociólogos José Jiménez Blanco, Miguel Beltrán, Julio Iglesias de Ussel, Juan del Pino y Ricardo Montoro; y a los constitucionalistas Manuel Ramírez, José Antonio Portero y el difunto Juan José Ruiz-Rico. La biografía académica de Murillo se dibuja, pues, como una exclusiva y ejemplar dedicación a la Universidad, prolongada en un amplio grupo de discípulos que siempre lo han reconocido como su maestro indiscutible. Lo que no es poco como balance profesional. Pero hay mucho más que eso.

Ante todo, la de Murillo es una extraordinaria aventura intelectual, imprescindible para explicar la recepción en España de la sociología y la ciencia política contemporáneas, pero sin que tal recepción y su práctica científica impliquen renuncia alguna a la Teoría —con mayúscula—, a pensar radicalmente, si se quiere filosóficamente, la sociedad y la política. Anclado original y firmemente en una sólida formación filosófica, como sus amigos y colegas Enrique Gómez Arboleya y Nicolás Ramiro Rico, transita al par que ellos desde la Filosofía al Derecho, desde éste a la reflexión sobre el Estado, y de aquí a la Sociología y la Ciencia Política. Tránsito que lleva a cabo Murillo desarrollando una poderosa personalidad intelectual y un refinadísimo y sobrio estilo literario, manteniendo toda su vida una reserva agrafia, así como un notorio escepticismo, cuando no pesimismo, siempre lúcido y nada convencional.

Se mencionaba antes la «escuela de Granada» de Ciencias Sociales (que también ha sido calificada en alguna ocasión, con amable ironía, de «clan mudéjar»): en realidad, las cosas son hartó más modestas que una escuela y más deshilvanadas que un clan, pues no hay sino un conjunto de universitarios que tuvieron la suerte de estar a la sombra de Murillo durante los años de su formación intelectual, lo que para ellos constituyó una experiencia única y, desde luego, bien poco frecuente en la Universidad española de la época. Y la prueba de que los términos «escuela» o «clan» exageran es que cada uno de los discípulos de Murillo ha diseñado su propio camino y su línea intelectual y profesional sin cortapisa alguna de parte del maestro, que ejerció siempre ese papel con una extrema delicadeza, con una rara mezcla de amistad personal y de rigor científico, en la que todo se daba generosamente y nada se pedía. Creo que puede decirse que la relación con Murillo constituía una suerte de magisterio vivido como tal de manera explícita más por los discípulos que por el maestro, que era, como pude decir en otra ocasión, «contrafigura en todo y siempre del académico señor de vidas y haciendas». Años después vi con satisfacción que Fernan-

do Vallespín, otro de los discípulos de Murillo, coincidía plenamente con esa idea al titular la publicación de una entrevista que le hizo con las palabras «Un maestro en tiempo de patronos». Y escribí en la presentación del libro homenaje que se le dedicó en 1986 que «alguien ha dicho que ya no quedan maestros: aunque no sea posible estar de acuerdo con tan pesimista observación, lo que sí parece cierto es que ya no quedan maestros como Francisco Murillo. En el mejor de los casos deben quedar pocos, porque nunca hubo muchos». Pero digamos algo acerca de su obra publicada.

En 1957 publica Murillo su libro sobre *Saavedra Fajardo y la política del Barroco*, buscando en las *empresas* y en el pensamiento tacitista del siglo xvii las claves de la historia política y social de España: un ejemplo de tal indagación es el luminoso tratamiento que da Murillo a las opiniones de Saavedra sobre la holganza, que ponen de manifiesto cómo la noción de trabajo propia de los burgueses de la Europa reformada no penetra fácilmente en la cultura de la época; «el hispano, nos dice, se acostumbró desde antiguo a aplicar unos sistemas de valores no coincidentes con los que pudieran regir en una sociedad preocupada por el éxito económico inherente al capitalismo». El libro fue premiado por la Academia de Alfonso X el Sabio, de Murcia, y atiende no sólo a los temas de la razón de Estado y de la decadencia, sino a la relación entre teoría del conocimiento y ciencia política, así como a la que existe entre política e historia, abordando así el problema de manipulación del pasado, que retomará de nuevo en su discurso de ingreso en la Academia.

Las clases medias españolas es un libro breve que ve la luz en 1959, escrito poco antes a impulsos del Instituto de Investigación Sociológica que René König dirigía en la Universidad de Colonia. En sus páginas se lleva a cabo un muy notable análisis en el que se hace hablar con voz anteriormente poco escuchada a multitud de datos socioeconómicos, en particular los contenidos en el Censo de 1950, y los relativos a la renta nacional de España y su distribución provincial, que empezaban a estar disponibles. El libro es imprescindible tanto para la determinación empírica del volumen relativo que cabía atribuir en los años cincuenta a las distintas clases sociales españolas, como para la constatación no sólo de que España poseía una baja proporción de clase media, sino que ello era especialmente llamativo en Andalucía. Y el autor señala, adelantándose a muchas otras aportaciones, que está surgiendo una clase media nueva, con sus formas de vida, sus específicas maneras de comportamiento y hasta su localización topográfica en nuevos grupos de viviendas: grupos de profesiones nuevas o transformadas, que por su empuje social suponen una oleada incontenible y ascendente. Ascendente, sobre todo, nos dice, en cuanto a capacidad de consumo y a nivel de vida, con harta frecuencia muy superiores a las de los estratos bajos de la vieja clase media.

Quizás el libro más conocido del recordado Murillo sea sus *Estudios de Sociología Política*, publicado en 1963: manejado por estudiantes de sociología y de ciencia política por su

aparente carácter más o menos convencional de manual, tuvo en su momento una gran trascendencia para los estudiosos de las ciencias sociales a causa de que el libro llevaba a cabo la recepción sistemática en España de la *main stream* europea y norteamericana de la ciencia política o, como quiere el título del libro, la sociología política: piénsese que en los *Estudios* se tratan en detalle temas como los del comportamiento político y la socialización política (con una necesaria referencia al «síndrome de Parsons», así como al problema de la apatía democrática, cuestiones novedosas para muchos en aquel momento); o un tratamiento de la opinión pública que de haberse publicado hoy hubiéramos considerado modernísimo, pues arranca de Maquiavelo (antes, por tanto, de que obras como las de Pocock o Pettit iluminaran el papel del florentino); o un estudio del cambio social que toma en cuenta el *cultural lag*; o dos capítulos sobre burocracia y grupos de presión novedosos e imprescindibles en aquel momento. ¿Para qué seguir? Los *Estudios de Sociología Política* supusieron para la vida científica española un verdadero criterio de demarcación, un antes y un después que nos situó entre los países en los que el estado del arte de las ciencias sociales, y en particular de la sociología política, era accesible para especialistas y estudiantes. En el prólogo dice Murillo: «Creo que el universitario está obligado a mantener tensa la actitud crítica; no contra esto ni aquello en concreto, sino la actitud en sí misma, como postura radical. La Universidad no puede ser una fábrica de conformismo, sobre todo de conformismos intelectuales. Por ello, estimo que es nuestro deber acudir al reto que nos lanza la realidad misma y el tiempo en que vivimos. He intentado ver los problemas desde nuestra perspectiva siempre que me lo ha permitido la existencia de datos a mi alcance; a pesar de que el enfoque en sí mismo es radicalmente exógeno, porque nosotros —de siempre— nos hemos preocupado tanto de la retórica y del “deber ser” que no nos quedó tiempo de ver con humildad cómo iban siendo las cosas». Todo un programa, pues.

También hay que referirse a un libro que descansa en una investigación empírica patrocinada por la OCDE: me refiero al primer volumen del *Estudio Socioeconómico de Andalucía*, dedicado a la *Estructura Social*, y publicado en 1970 por el Instituto de Desarrollo Económico. En él, la proverbial modestia de Murillo hizo que su papel de impulso y dirección del trabajo quedase oculto, como si hubiese sido un miembro más del grupo investigador. En todo caso, en el trabajo destaca, de una parte, la realización de una encuesta con una excepcional muestra aleatoria simple de más de 2.000 entrevistas y, de otra la insistencia en el sistema andaluz de clases sociales como factor decisivo en el subdesarrollo y los conflictos sociales de la zona. En esta investigación luce el fuerte compromiso personal de Murillo con su tierra andaluza, cuyo atraso económico y social sufre en su carne y estudia en sus trabajos. Una vez escribió: «Si el andaluz acomodado piensa en Madrid, y el andaluz pobre piensa en Barcelona, ¿quién piensa entonces en Andalucía?». Pues hay que responder que, al menos, Francisco Murillo siempre lo hizo.

En 1987, con ocasión de la jubilación del Profesor Murillo, se publicó una selección de sus trabajos en dos densos volúmenes bajo el título de *Ensayos sobre sociedad y política*, que recogen desde un muy citado artículo de 1950 sobre la Administración pública británica, que para el momento en que se escribió resulta asombrosamente avanzado y por completo construido sobre valores democráticos, hasta otro de 1985 sobre telemática y política. Entre uno y otro, una treintena de trabajos publicados en muy diferentes lugares, que abarcan una amplia variedad de asuntos dentro de los básicos ejes de la sociedad y la política: desde su estudio del famoso *Manifiesto de los Persas* en los orígenes del liberalismo español, hasta la reproducción del inencontrable sobre las clases medias españolas, pasando por sus incisivos comentarios sobre el *Discours sur l'Inégalité*. Como ha escrito sobre él Fernando Vallespín, la pluralidad de temas y la diversidad de intereses intelectuales han presidido su carrera académica: basta con echar un vistazo al índice de los dos volúmenes de *Ensayos* para hacerse una idea de ello, y para que resulte obvio que las ciencias sociales no comenzaron en nuestro país a partir de la transición a la democracia, sino que se construyeron por personas como Murillo, el cual señala que «acaso la presión de tanto horizonte prescriptivo despertase el ansia de conocer las cosas como eran y no como deberían ser o como se quería que fuesen». Y, como siempre, su preocupación por Andalucía, que venía «condicionada, dice, por su situación de atraso, que no llevaba visos de arreglarse pese al clima general de desarrollo que imperaba por aquellos años (1961-1972) en el país».

No hay que olvidar, claro está, su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Leído en la sesión del 21 de octubre de 1997 con el título de *Reflexiones sobre el pasado y su inevitable manipulación*, y tras el preceptivo recuerdo a D. Carlos Ollero, su antecesor en la medalla, se refiere cálida y elogiosamente a varios colegas (de dos de los cuales había ya dicho que los consideraba sus maestros): D. Luis Sánchez Agesta, D. José Corts Grau, D. Enrique Gómez Arboleya y D. Nicolás Ramiro Rico. Noble recuerdo público en un momento solemne de su vida. Del contenido del discurso bastará decir aquí que une el más declarado escepticismo (el pasado siempre se manipula, inevitablemente, como afirma en su título) con un estilo diamantino excepcionalmente brillante.

Y, por último, creo necesaria una referencia al libro homenaje que sus discípulos y amigos más allegados le dedicamos con motivo de su jubilación: dos volúmenes con más de mil páginas y cincuenta contribuciones, distribuidas en los apartados de «Teoría», «Estado y sociedad civil», «De historia española», «Sobre la sociedad española» y «Sobre política en España». Un panorama que, en su amplitud, viene a recoger los temas que de una forma u otra interesaban a Murillo y, por ende, a sus colaboradores y discípulos, y que pone de manifiesto el protagonismo de la Escuela de Granada, promovida por Murillo, en la consolidación de la sociología en España, como escribe Felipe Morente.

Vuelvo a repetir algo que ya escribí en ocasión anterior: que D. Francisco Murillo vivió nuestro pasado menos grato en una suerte de exilio interior (exilio que José Cazorla describió muy bien en el discurso que pronunció en 1984 en la investidura de Murillo como Doctor Honoris Causa), pero lo vivió sin ruido: nada más lejos de Murillo que la actividad pública, aunque actividad pública eran sus clases, sus escritos, su actitud, y su influencia sobre colaboradores y discípulos. Como decía de sí mismo Unamuno en una conferencia pronunciada en 1917: «He procurado no convertir la cátedra en un trampolín para otro empleo, otra función, otro cargo cualquiera, seguro de que allí, oscuramente, con muy poca gente, estaba también haciendo política, civilidad». Precisamente en ese sentido de «hacer política» supo Murillo, discretamente y sin ruido, transmitir a quienes le rodeaban un insobornable sentido de la honestidad personal y profesional pública y privada, en el que se ponía de manifiesto un elemento básico de su modo de ser intelectual y ciudadano: una sensibilidad crítica de resonancias frankfurtianas, para la que la sociedad y la política constituyen el marco de la vida buena aristotélica. En efecto, la «política civil», podríamos decir, de formar intelectualmente a muchas generaciones de estudiantes y a un considerable número de profesores en el empeño de encontrar la dignidad ciudadana en una ética del servicio a los demás.